

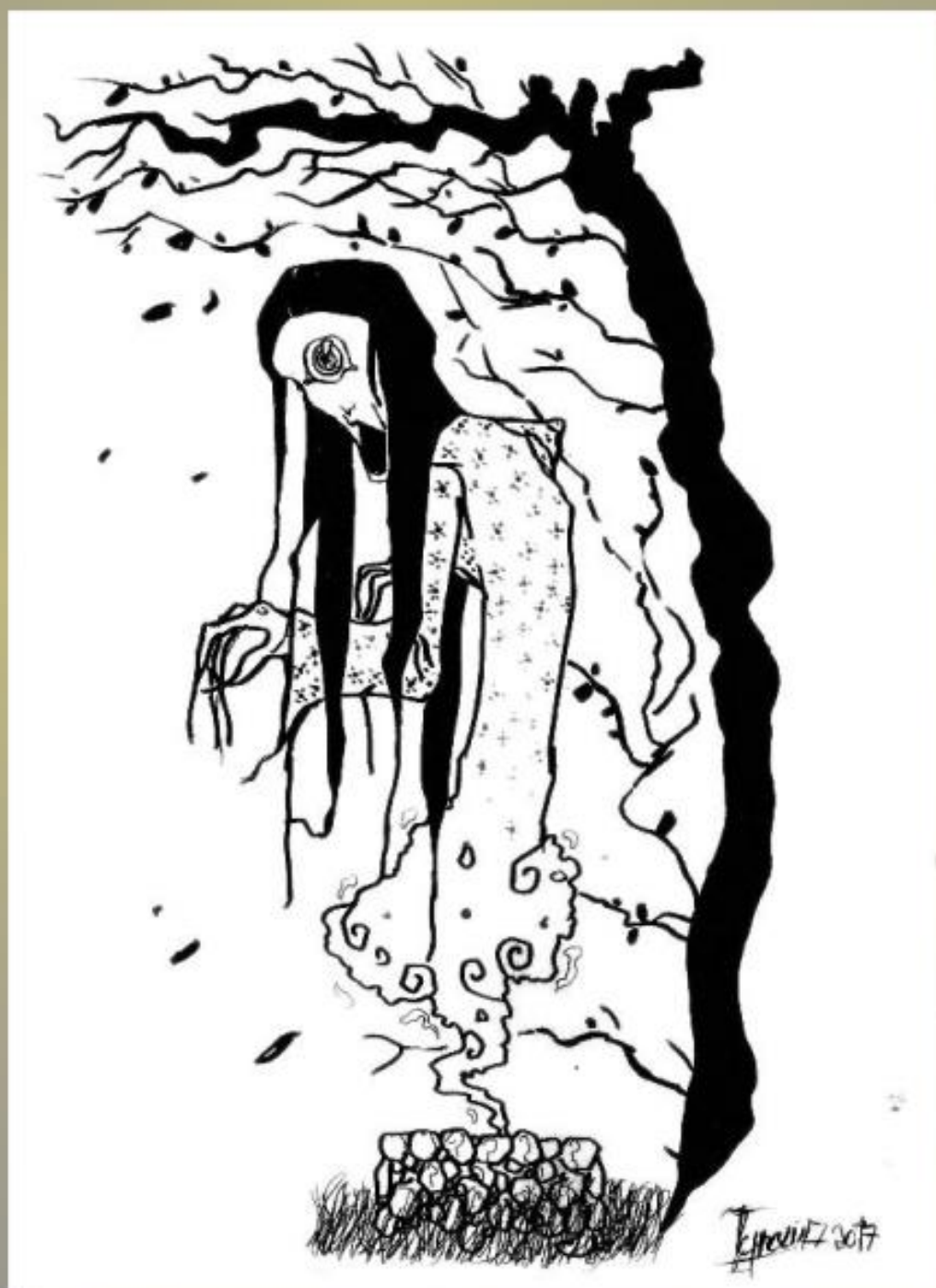


SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Año 4 Número 7 - Mayo de 2017

Umbral

Revista Literaria



Colaboraciones

Francisco Vernet Ignacio Castellanos Jonatan Bedoya
Lalo Lemme Nicolás Cabrera-Schneider Silvia Campero
Victor Álex Hernández Victor Pardo

Ventanas hacia el mundo

En una entrevista casual realizada a un profesional de trayectoria:

—¿Tienes o has visto quién te podría suceder en el baile?

—En realidad no veo que la juventud de hoy se comprometa como antes. Antes luchábamos mucho por sobresalir y queríamos ser primeros.

Dejando a un lado la capacidad intelectual de los sujetos y la desculturización de algunas sociedades, tenemos en la actualidad algo que nos diferencia mucho de las décadas vividas en el siglo anterior, en especial con aquellos nacidos antes de los 70's. ¿Lo adivinaron? El internet.

Tener la capacidad de comprar un libro, ir a una biblioteca o instruirse por medio de un maestro no se compara con la facilidad que nos otorga el internet al convertirnos en un internauta autodidacta. Cuando dije que no hay comparación me refiero a que la base de los conocimientos previos a la era informática fue limitada. Actualmente esta base solo se restringe por el conocimiento global.

¿Qué efecto tiene esto en nosotros?

La probabilidad de que alguien pretenda experimentar más cosas se incrementa puesto que tiene más ventanas para ver el mundo.

Somos humanos, el aburrimiento y la ansiedad nos acogen cuando ya hemos experimentado lo mismo una y otra vez y sabemos que hay algo nuevo más allá de nuestra cotidianeidad. Este proceso es parte de nuestra evolución.

Aquí es cuando puedo relacionar el tema con el fragmento de la entrevista que escribí al inicio. Aburrirnos nos hace abandonar las cosas para experimentar otras nuevas. “No quiero ser el mejor bailarín en el mundo, quiero cantar, quiero hacer teatro, ¡quiero vivir!”

En mi caso fue algo parecido: ya no quiero practicar TaeKwon-do, quiero aprender de

otras artes. Me aburrí de escribir, ahora quiero estudiar cine. No quiero ser el mejor cineasta del mundo pero quiero ser la mejor persona en este mundo.

Hay que entendernos mejor; falta mucho para llegar a un sistema utópico que nos permita hacer todo lo que queramos. Pero negar este deseo por el cambio sería destruir el aprendizaje de una persona.

La pregunta fue realizada a Julio Bocca, bailarín argentino, director, coreógrafo y maestro de ballet argentino reconocido a nivel mundial, en un programa de televisión local.

Eric J. Lagarrigue
Editorial



SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Umbral
Revista Literaria
Órgano oficial de la Sociedad
de Autores Independientes

Año 4 - Número 7 - Mayo de 2017

Director:	Eric J. Lagarrigue
Editor:	Eric J. Lagarrigue
Coeditor:	Henry G. Aguiar
Composición y diseño:	Eric J. Lagarrigue
Imagen de portada:	Ignacio Castellanos
Dirección artística:	Silvia Campero
Webmaster:	Enrique Lagarrigue
Columnista:	Victor A. Hernández

Colaboradores de esta edición

Francisco Vernet Ignacio Castellanos Jonatan Bedoya
Lalo Lemme Nicolás Cabrera-Schneider
Silvia Campero Victor Alex Hernández Victor Pardo

Contacto: sainde.info@gmail.com

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.
Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

Índice de contenido

Editorial

Nota editorial (*Eric J. Lagarrigue*) 1

Poesía

Ella (*Francisco Vernet*) 3

Una tarde (*Jonatan Bedoya Zapata*) 8

Marcela (*Jonatan Bedoya Zapata*) 13

Sensaciones 11 (*Silvia campero*) 18

Cuento

El país de las sombras
(*Ignacio L. Castellanos*) 4

El secreto (*Lalo Lemme*) 9

El paseo del miedo (*Silvia Campero*) 12

CO2 (*Nicolás Cabrera-Schneider*) 14

Misceláneas

Frases Célebres
(*Víctor Alejandro Hernández García*) 25

Teatro

La Exagerada: "Solo sé que sos boluda"
Radioteatro (*Victor Gabriel Pardo*) 23

Maestros

Ámsterdam (*Pedro Salinas*) 17

La linterna mágica (*Manuel A. Alonso*) 19



La cultura y el acceso al conocimiento y al arte
son derechos universales.

Sociedad de Autores Independientes

Ella

Ella aterrante inspiradora de versos...
 aterradora suerte de final ineludible,
 ¡ creadora de celos, muecas, e incansables torrentes de verbos!
 ¡ Torrentes de voces!
 Entre clamores de calor,
 pasión que clama amor a flor de poros
 a flor de piel...
 a flor de vida.

Ella...
 ineludible final, que atemporal espera toda distracción...
 para arrebatarnos el todo, o la nada...
 el todo que de ella nace,
 la nada que de ella queda.
 Testaruda, necia, o implacable...
 de todos... musa,
 ella, final indivisible,
 ella... vacío de mis letras.

Ella...
 de música, o de impenetrable silencio...
 silencio entrelazado a un envidiable texto,
 que, entre grafemas y fonemas,
 sutil, nos recuerda un tanto de sus esencias...
 un tanto de sus ausencias,
 de sus... ligerezas.



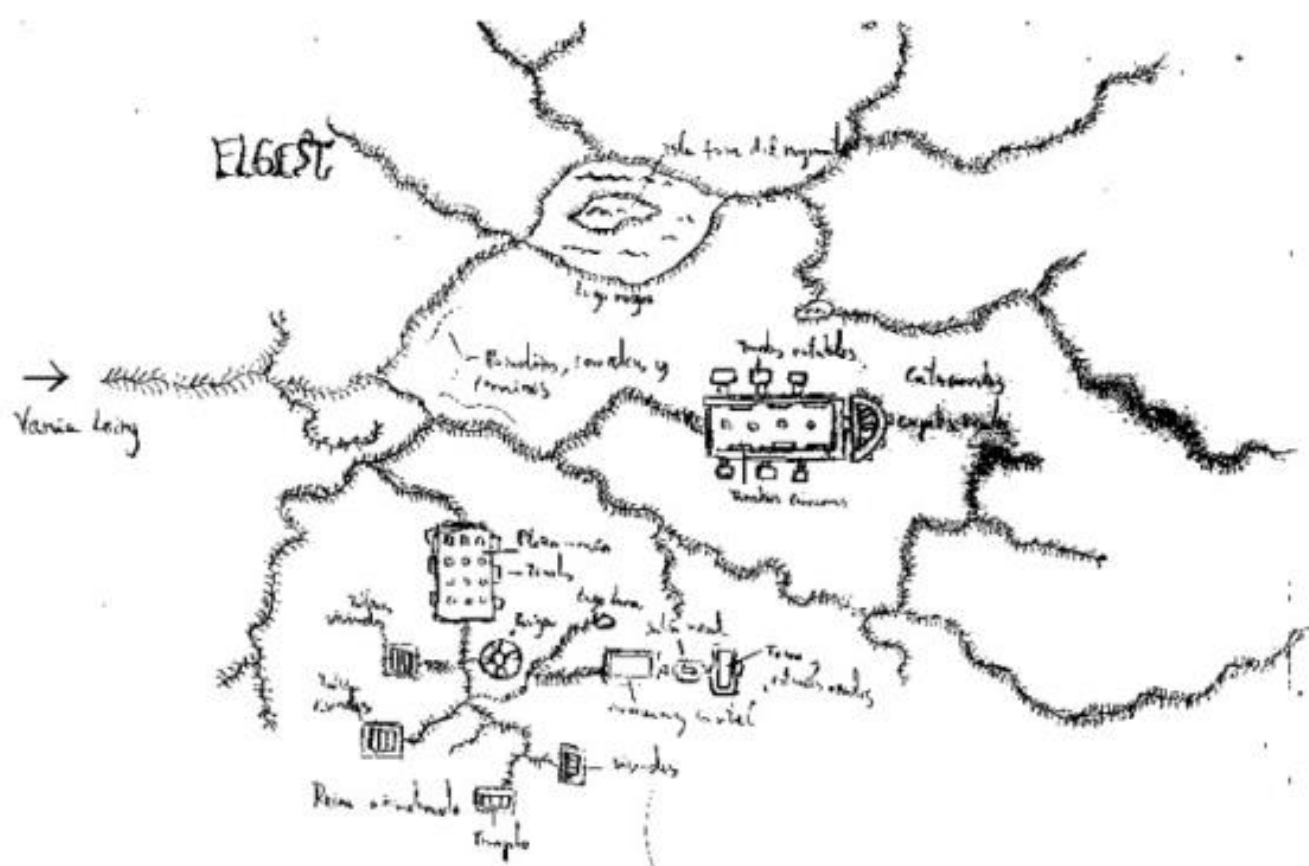
Francisco Vernet

Ciudad de México, México - 1964



El país de las sombras

Las minas Elgest dan nombre a la montaña que da cobijo a un complejo de cuevas, criptas, lagos y ciudades abandonadas que atraviesan el corazón de la montaña. Las minas Elgest están flanqueadas por dos ríos, al norte por el Río Negro y al oeste por el Río Verde. La población más cercana es una aldea en las praderas del sur, su nombre es Torre Negra.



Vania Leing permanecía agazapada entre dos rocas acabadas en punta agudizando todos sus sentidos y observando las sombras que danzaban por cada pasadizo que atravesaba. Vania era una saqueadora experimentada, su complexión menuda y atlética de elfa le facilitaba el movimiento en lugares angostos y claustrofóbicos para la mayoría de las

razas. Vania era repudiada por su propia raza, víctima de los engaños y traiciones de una familia demasiado avariciosa y carente de escrúpulos a la hora de deshacerse de apellidos molestos y según ellos, poco “puros”. Vania carecía de talento para el engaño y la traición. Desde que tenía edad para portar un arco, sólo había deseado una cosa, escapar de su tierra y borrar la mancha de su familia con una nueva vida, una vida que le permitiera moverse en soledad lejos de los grandes núcleos de población. Ahora se movía por unos núcleos de población bastante curiosos, ya que oscilaban entre espíritus malignos, trasgos con afición a la pirotecnia, y pasadizos habitados por razas tan antiguas como la tierra. Aun estando en peligro de muerte en cada misión que le encomendaban en su ciudad adoptiva Calebor, prefería más su estilo de vida actual, que el traicionero y venenoso que la había visto crecer.

El motivo por el cual ahora acechaba como una sombra nativa de Elgest, era la recopilación informativa. Noticias de Torre Negra hablaban de nuevos movimientos en sus laderas y entradas inferiores, pero Vania sabía de sobra que el auténtico motivo por el cuál la habían enviado, era conocer el actual estado de las instalaciones en las minas y el antiguo asentamiento enano. Sin duda, Calebor estaba motivado a recopilar esta información de manera tan apresurada por culpa de su vecino más cercano, Nydia, ya que éste último amenazaba desde hacía 5 años con invadir todo el reino con sus legiones. Calebor tenía la esperanza de poder explotar el metal abandonado en Elgest, y así tener un aprovisionamiento fijo y económico de metales para armas y armaduras.

Vania sacó de uno de sus innumerables saquitos ocultos de cuero una pequeña bolita negra, la dejó en el suelo y se fue rodando hasta darse contra una roca, luego se desplegó adoptando la forma de un reptil larguirucho negro y con unas alas grandes y brillantes. Las alas del lumer se encendieron y acto seguido se posó en los hombros de Vania.

“Fuiste una buena inversión”, Pensó Vania, aunque el lumer le había costado la mitad de su última paga, pero ella prefería ver estos gastos como inversiones de futuro.

Vania avanzó con cautela, no quería activar por un descuido de aficionado algún dispositivo de defensa mágica o mecánica contra intrusos. Pero no encontró ninguno, salvo alguna que otra del tamaño de una rata y que el lumer devoraba con mucho placer, cosa que a Vania le

frustraba sobre manera pues siempre que hacía esto la luz que proyectaban sus alas enfocaban a cualquier parte menos donde a ella le interesaba.

No era raro que en laberintos como aquellos en apariencia infinitos, -según los cartógrafos humanos- vivieran bandas o incluso tribus enteras de salteadores orcos, trasgos u hombres ratas, o como los elfos los llamaban "senfris", por eso Vania evitaba las salas demasiado amplias, cuya función no tenían nada que ver con la minería. Pudo ver, eso sí, más de un río, abismo y lago subterráneos. Con ella llevaba un mapa que le había vendido un comerciante enano en Torre Negra, según él, de los últimos que se hicieron en Elgest antes de su decaimiento y el abandono misterioso de sus monarcas. Aunque en teoría, Elgest seguía siendo un feudo enano, no era explotado ni habitado por ninguno de ellos. Aquella exploración no disponía del beneplácito formal de los reyes enanos, pero los señores de Calebor contaban con solucionar estos tecnicismos políticos cuando descubrieran si aún tenían reservas en sus minas, ya habría tiempo de convencerlos del peligro que suponían las legiones nydias. Vania, a este respecto solo era informada hasta cierto punto, era una exploradora muy respetada por su gremio, pero en última instancia sabía que no era más que un engranaje del que se podía prescindir.

Una sombra demasiado alta y rápida captó la atención de exploradora. Hizo que el lumer se introdujera de nuevo en su saquito de cuero. Se colocó la capucha de la capa y se fundió con las sombras. Su visión élfica era excepcional, pero aun así no del todo buena para las cavernas, pero no la necesitaba para poder distinguir a un senfri, una sabandija de las profundidades, un senfri que al parecer no iba solo, sino que 20 más le acompañaban, 20 hombres rata semidesnudos armados con armas penosas corrían espantados por algo o alguien. Vania juraría que aunque perfectamente camuflada, la habían visto, pero para su asombro, la ignoraron y se perdieron en uno de sus innumerables pasillos.

Agazapada entre rocas y oscuridad, aguzó todo lo que pudo su vista hacia el lugar del que huían los senfri. La boca se le secó de inmediato, pues entre las sombras vio una multitud de enanos mutilados, destripados, sin ojos, pero con las manos aferrando aún hachas mohosas, deslizándose sus torpes pies hacia donde estaba ella. Eran muertos vivientes, no cabía duda, así que no solo senfris habitaban las cavernas, también compartían techo con sus antiguos moradores. Eso solo quería decir una cosa, que

sobre aquel reino había caído algún tipo de maldición, algún tipo de maldición que los reyes enanos se habían molestado en ocultar al resto de monarcas de la tierra, pues era una clara muestra de debilidad el no poder librarse de una marca tan oscura para los de su raza. Pero no era problema de Vania, aunque quizás repercutiría en su futuro algún día. Sujetó su arco, apuntó al enano que más adelantado y centrado estaba, y soltó la flecha impactando en su pierna atrofiada derecha, reventándole así la rodilla. El enano se desplomó brevemente para seguir arrastrándose con sus brazos descarnados, pero su caída fue suficiente para entorpecer durante unos segundos valiosos el avance de los demás muertos vivientes.

Vania deshizo a paso vivo el camino andado. Estuvo en tensión todo el trayecto esperando que en cualquier momento se le abalanzara un muerto o un senfri. Pero nada de eso ocurrió. Llegó al exterior y aspiró el aire frío de la mañana. Dirigió su mirada una vez más hacia la entrada y bajó más tranquila pero sin relajar los músculos, la escarpada base de la montaña.

Volvió a su elemento, los caminos y bosques. Regresaría a Torre Negra, y contaría lo ocurrido, un nuevo enemigo acechaba ahora bajo la montaña Elgest.



Ignacio Castellanos

Asturias, España, 1988

Una tarde

El horizonte opaco escapaba con la niebla, las aves llevaban sus promesas en el cielo y la brisa que siempre trajo historias y canciones esa tarde creó un recuerdo, allí estaba ella, en la verde y fresca tarde, a través de los rayos de sol que filtraban las hojas, estaba ella y me reflejé en sus ojos, aquel infinito vórtice hacia tierras placidas y tranquilas donde quería quedarme.

La niebla se acercaba y las aves ya no cantaban, ya no había brisa y cuando traté de apartar la mirada me di cuenta que ya no me reflejaba, ya no estaba, y el vórtice que tanto me cautivó desde entonces es mi hogar.



Jonatan Bedoya Zapata
Ibagué, Tolima, Colombia



El secreto

Aquella mañana decidí ir al Correo. Debía despachar la carta que le enviaba a mi hermana, avisándole que no iría a pasar las vacaciones en su casa.

Mientras esperaba el ómnibus estaba sumamente contento de no ir a la Villa y de quedarme a disfrutar de mi casa. Tenía planeado leer la pila de libros que había comprado y dejado sobre el escritorio.

Curiosamente al llegar a destino tuve la impresión de que algo me incomodaba. Intenté descifrar qué había sucedido pero no lo logré. Sin embargo, yo tenía esa extraña sensación. No sé cuánto tiempo estuve en ella, mientras mi mente en rápido inventario trataba de descifrar la incógnita.

Lo cierto es que me dirigí al Correo sin que aquella inquietud me abandonara.

Después de despachar la carta, tomé la calle que conduce a la Iglesia de San Francisco y a medida que avanzaba, se agudizó mi malestar.

Al entrar a la Iglesia, lejos de meditar, traté de concentrarme en revivir el viaje que me trajo al centro. Lo único extraño que recordé fue la cara del anciano que con su sola mirada me hizo reaccionar y darle mi asiento.

Al salir, me encontré con una pariente lejana de la familia, y al verla sentí que se acrecentó el mal humor que me tenía prisionero. No pude soportar algunos de sus rasgos que me recordaban demasiado a los de mi padre.

En ese momento se me ocurrió tomar un café.

La primera hoja del diario, como era lógico, se ocupaba del asesinato de Kennedy. Al ver la foto de Jonhson, asumiendo la primera magistratura de su país, algo que percibí en su mirada, fue la punta del ovillo a partir de la cual pude comenzar a rastrear el porqué de la repulsión que me embargaba.

Dejé de lado su lectura y comencé a repasar qué me había

sucedido desde que había decidido salir de mi casa. Pensé en el café que tomé de parado, en la búsqueda del toallón en la estantería que reemplazaba al extraño mueble en forma de biblioteca, que mi padre había hecho poner en el baño y en el apuro con el que me vestí. Al acercarme al recuerdo del hombre que viajó conmigo, volví a sentir algo negativo que al cabo de unos instantes se transformó en desasosiego. A medida que me focalizaba en su imagen me sentía empequeñecer, hasta que recordé el momento en el que mis ojos se cruzaron con su mirada y no pude evitar cederle mi asiento.

De pronto mi mente se agigantó. Luchaba por develar el origen de mi malestar. No lograba comprender qué pasaba. Traté de descifrar qué me dijeron los ojos de aquel hombre anciano en el momento en que nuestras miradas se encontraron y al que me remitió la mirada de Jonhson.

Involuntariamente me interrogaba: ¿por qué ante su mirada me levanté impulsivamente?, ¿por qué la mirada de la foto del diario me exasperó? Tenía la sensación de estar amortiguado, mientras sentía afiebrada mi cabeza.

Los ojos del viejo, iguales a los de mi padre obligándome a levantarme aquella mañana y pidiéndome imperativamente que le explicara quién había guardado esa caja de preservativos en el mueble del baño, se apoderaron de mí. El recuerdo patético de mi imposibilidad de hablar, de mi inmovilidad, de mis doce años petrificados frente a su figura imponente, retornaron del pasado. Mis pensamientos fluían sin cesar. Las maldiciones a mi hermana que me había pedido que guardara la caja y me inculpara en caso de que alguien la encontrara, cobraron penosa actualidad.

Si bien en ese entonces, yo entendí que la curiosidad de mi padre era lógica, no pude dejar de odiarlo mientras me interpelaba. Creo que lo hice por el desprecio que yo percibí que él sentía por mí y que es lo que yo descubrí en sus ojos aquella mañana. Con posterioridad a ese suceso tuve reiterados sueños en los que yo quería oponerme a su violencia moral, pero no podía reaccionar.

Cuando murió, durante un tiempo las cosas en casa quedaron estáticas. Al año aproximadamente, yo me tomé el trabajo de cambiar de lugar al mueble y darle una función acorde a su forma. Curiosamente, ya que servía de guardarropa en el baño,

encontré allí algunas cartas y notas personales de mi padre. No llamaron para nada mi atención, hasta que pasado un tiempo, leí aquellos papeles.

Hoy, como muchas otras veces, al sacar el toallón de la estantería del baño, sentí que estaba haciendo algo indebido. Es un sentimiento que me persigue. Eso y la mirada del viejo del ómnibus, que no pude resistir, aflojaron mis reservas emocionales y surgieron estos recuerdos de temas lacerantes.

El encuentro con la prima del abuelo, sus ojos iguales a los de mi padre, la foto del diario y la consecuente e instantánea remisión a la mirada del anciano al que le di el asiento, atentaron en mí contra .

Decidí volver a pie, la cabeza baja para no cruzarme con la mirada de nadie. En el trayecto traté de ordenar mis pensamientos. Me dije a mí mismo que afortunadamente mis ojos se parecen a los de mi madre, que seguramente la muerte de Kennedy era algo más que un simple atentado perpetrado por un atacante solitario y que nadie más que yo leyó la carta que encontré en el mueble del baño, en la que mamá le confesaba a su marido que yo no era su hijo.

16.02.17



Lalo Lemme

*San Miguel de Tucumán
Tucumán, Argentina - 1954.*

El paseo del miedo

Hay momentos en que un paseo se convierte en una pesadilla.

La habían mandado a buscar el periódico junto a su hermano menor, nunca advirtieron de su corta edad, pero corría una época donde se respiraba seguridad, era el campo, todos se conocían, aunque para unos niños de tres y cinco años nunca hay seguridad. Tampoco sabían las peripecias que estos niños pasaban al regreso del mandado, pues el horario siempre coincidía, el grupo de caballos que llevaban a pastar venía en sentido contrario a ellos, y el pánico que esto le producía a la niña era algo que nunca olvidaría, su corazón galopaba al compás de las bestias. Elena, cual trapecista de circo, se aferraba con una mano de las matas a la vera del camino y con la otra sujetaba a su hermano, rogando que ningún caballo, realizando alguna pirueta que generaba su imaginación de niña, quisiera subirse al espacio que suponía los resguardaba.

Ya cesado el ruidoso trotar bajaron de allí, regresaban, entregaban el diario esperando que al día siguiente la aventura no incluyera esos animales y que el paseo sea más parecido a los cuentos que imaginaba cuando se acostaba por las noches.



Silvia E. Campero
Argentina - México



Marcela

A la luz de una tenue brisa me sorprendí, bajo el cielo de siempre y con el pensamiento perdido, vi las estrellas pasar, a la vuelta se escuchaban los mismos fantasmas tiritando y como sombras de hojas que caen llegaron los sonidos del viento, contando historias grises, una vez más estaba ahí como todas las noches, siendo la noche, pero, apareciste en forma de lluvia un sábado y vi salir el sol en un abismo dentro de unos ojos y me perdí, leí melancolía en una sonrisa y vi mi reflejo, y sutilmente te presentí, lo sentí, había algo en esos labios que no paraban de moverse, en esa calidez y que no sabía qué, pero de la que no escapaba, esa fuerza tan fuerte como para ir en contra del miedo, aun viendo los demonios, entonces fui un extraño en un páramo de cumbres inescalables pero con la determinación de conquistarlas, con la valentía de quererte.



Jonatan Bedoya Zapata
Ibagué, Tolima, Colombia



CO₂

El CO₂ es un gas, estable en condiciones normales. Es el componente principal de algunos extintores de fuego. En lugares no ventilados el CO₂ puede ser mortal. Es el gas que produce las burbujas en las bebidas carbonatadas. La acumulación de este gas causa los espacios vacíos dentro del queso y el pan. Usualmente lo distribuyen en cilindros de 25, 50 y 100 libras. Los gases presurizados son 'inquietos', especialmente cuando los cilindros sufren un golpe severo que los perfora.

Federico

Federico tiene 28 años de edad. Está casado y es padre de una niña de 5 años. Él trabaja para una empresa distribuidora de gases por cilindro. Distribuyen gases especiales para procesos industriales, entre ellos: CO₂, O₂, Acetileno etc. Federico lleva trabajando para la empresa nueve años. Desde que empezó en la empresa maneja el mismo camión. Cuando lo recibió, el camión estaba medio nuevo, ahora está medio viejo. Se nota en la confianza con la que maneja los cilindros que ya lleva años con el mismo trabajo. Con una mano los inclina y con la otra los va rodando, los sube al elevador montado en la parte trasera del camión y luego los acomoda según su gas, asegurándolos con dos cadenas. En su ruta diaria, distribuye cilindros a 25 negocios.

Miguel

Miguel es estudiante de segundo año en Ingeniería Industrial. Sus amigos lo llaman el gato. Este apodo viene desde sus años de estudiante cuando era el portero número uno en la selección de su colegio. Tuvo la oportunidad de seguir

jugando fútbol en las ligas profesionales, pero lo dejó todo bajo la insistencia de su papá, quien deseaba que su hijo siguiera la tradición de los hombres de la familia y se convirtiera en un Ingeniero Industrial.

Elena

Elena es Asistente de Gerencia. Se graduó de Secretaria Bilingüe hace tres años. Trabaja de 9 am. a 5 pm. de lunes a viernes y a la 1 pm. sale por una hora a almorzar. Ha intentado estudiar en la universidad. Las clásicas complicaciones entre los horarios de trabajo y el de los estudios le han hecho difícil que ella logre seguir continuar sus estudios. Su esperanza es obtener el título de Administradora de Empresas para conseguir un mejor trabajo como Asistente de Gerencia. Si se le pidiera una carta de recomendación a su jefe, la misma resumiría que Elena es emprendedora, con iniciativa y una trabajadora en equipo.

La interacción

Federico estaba bajando dos cilindros de CO₂ que habían sido solicitados de urgencia en un restaurante. El restaurante se había quedado sin gas justo a la hora del almuerzo y era esencial que los remplazaran para poder servir las bebidas gaseosas. Elena caminaba de regreso a su trabajo; el semáforo la detuvo en la esquina. Miguel esperaba en la esquina el bus que lo llevaría a la universidad para sus clases de la tarde.

Federico montó los dos cilindros llenos al elevador del camión, estaba apunto de presionar el botón para bajarlo cuando la plataforma cedió de un lado. El primer cilindro cayó al suelo produciendo un gran ruido. Miguel volteó a ver y se percató que el otro cilindro estaba a punto de caer, en un

instante de película Miguel logró reaccionar, alcanzó a Elena por el brazo y la jaló hacia él. Medio segundo después el cilindro pasó por donde ella estuvo parada.

El cilindro terminó incrustado en la pared de una iglesia. Miguel y Elena terminaron tomando un café. Federico no podía dejar de pensar en la suerte que tuvo, si los cilindros hubieran sido de Acetileno otra sería la historia y empezó a buscar otro trabajo.



José Nicolás Cabrera-Schneider

Guatemala - 1978

Ámsterdam

Esta noche te cruzan
 verdes, rojas, azules, rapidísimas
 luces extrañas por los ojos.
 ¿Será tu alma?
 ¿Son luces de tu alma, si te miro?
 Letras son, nombres claros
 al revés, en tus ojos.
 Son nombres: Universum,
 se iluminan, se apagan, con latidos
 de luz de corazón. Universum.
 Miro; ya sé; ya leo:
 Universum cinema, ocho cilindros,
 saldo de blanco junto a las estrellas.
 Te quiero así inocente, toda ajena,
 palpitante
 en lo que está fuera de ti, tus ojos
 proclamando las vívidas
 verdades de colores de la noche.
 Las compraremos todas
 cuando se abran las tiendas, ahora mismo
 -Universum cinema-, cuando bese
 las luces de tu alma, sí, las luces,
 anuncios luminosos de la vida
 en la noche, en tus ojos.



Pedro Salinas

11891, Madrid, España

1951, Boston, Massachusetts, USA

Sensaciones 11

Nada

No tenemos nada en común, pero quiero estar contigo, quiero despertar a tu lado, no permitiré que te vayas. ¿Qué es esto? Las respuestas importan poco, solo tu presencia da sentido a mi respirar.

Luca

Llegaste, esa sonrisa delataba tu ingenua picardía, y tu actitud analítica revelaba una gran inteligencia.

Tres para cuatro, ¿cómo alguien tan pequeño pudo llenar un corazón vacío que la distancia geográfica la tenía separada del ser que le daba sentido a su vida?

Encuentro

Caminas buscando algo, tus pensamientos divagan provocando más adrenalina, no te detienes, sabes que esa táctica te mostrará el camino hacia ello.

Destino

No puedes controlar tu caída aun haciendo lo que hay que hacer, la oscuridad decide, el destino está escrito. De cualquier manera manejan las experiencias, desde la primera sorpresa que te arruinó el momento más fuerte, que le sirvió para derrotarte con un toque y al mejor estilo en tu mejor noche.



Silvia E. Campero

Argentina - México 18

La linterna mágica

Una de las cosas que distinguen mi carácter, y que en él sirven de contraste a ciertos arranques impetuosos, es la grandísima flema con que muchas veces me detengo, aun en los parajes más públicos, a mirar objetos que son tenidos por la gente de frac y levita como indignos de llamar su atención; así no es extraño hallarme con tamaña boca abierta parado delante de una tienda de estampas contemplando una testa contrahecha de Napoleón, un Gonzalo de Córdoba patituerto o un Luis XIV jorobado, y allí me estoy largo rato para despedirme después con una sonrisa: tampoco es raro el verme detenido en medio de una calle, estorbando, si es menester, a los que pasan, para oír la ensarta de disparates con que un ciego publica el romance nuevo, donde se da razón de la batalla sangrienta de los doce Pares de Francia contra los moros mandados por don Juan de Austria.

Un día, no muy lejano de éste en que escribo, iba yo por una calle muy concurrida, cuando picó mi natural curiosidad un grupo de personas apiñadas alrededor de una especie de cajón pintado de verde y colocado sobre un trípode de cuatro palmos de elevación, y que tenía en el frente que daba a los espectadores un cristal de forma circular. Cada uno de los que se acercaban a mirar por él entregaba un par de cuartos a un hombre extravagantemente vestido, que tocaba el tamboril; mientras, un muchacho de unos doce años, cubierto de harapos y no tan limpio como cualquier cosa sucia, gritaba sin parar, diciendo:

-Vamos, señores; ¿quién por dos cuartos no ve todos los países de la tierra y de la luna? Reparen el ahorro de dinero que esto puede proporcionarles. Aquí, aquí, señores y señoras de ambos sexos, y verán, sin necesidad de estropearse corriendo en un carruaje, de marearse navegando, ni de morir de hambre y de

asco en las posadas, todo lo que pasa desde la isla del gigante Revientapanzas, situada en el cuerno izquierdo de la luna, hasta los trópicos del polo norte, y desde allí hasta la casa del Preste Juan de las Indias.

Los circunstantes pagaban e iban mirando uno después de otro por el cristal, retirándose después muy satisfechos; el muchacho gritaba más fuerte cuando disminuía el número, y así continuó por un largo rato; íbame yo a marchar, cuando le oí que decía entre varios otros despropósitos:

-Ea, señores, aprovechen el día, que esto no se logra sino una vez al año; saquen esos cuartejos que se les están pudriendo en los bolsillos, y prevengan otros por esta noche, que el maestro dará una gran función de magia en la calle de los Imposibles, número treinta, primera habitación bajando del cielo. Allí verán ustedes cómo se adivina lo que ha de venir, y se dice lo que cada prójimo piensa de los demás, y los demás de él.

Al escuchar esto me acerqué al que el muchacho llamaba maestro, y que en realidad le convenía este dictado en la ciencia de los embrollos y mentiras.

-Oiga, usted -le dije-, ¿sería usted capaz de alcanzar lo que pensarán de cierta obrita en cierto país que yo sé?

-Sí, señor, y por de pronto digo: que esa obrita se titula El jíbaro y usted es el autor.

Quédeme pasmado, y él añadió:

-No es extraño la turbación de usted; lo mismo sucede a todos; pero, perdone usted que no puedo entretenerme, y si quiere ver maravillas no deje de ir esta noche a mi casa.

En efecto, llegué a ella de los primeros, y después de aguardar cerca de dos horas, se corrió una cortina, y empezó la función por mi pregunta, que había sido la primera, después de un rato de música de pito y tamboril,

-Muchacho -dijo el charlatán-, métete dentro del diablo.

Así llamaba una cara disforme, mal pintada en un lienzo blanco, detrás del cual se metió el asqueroso muchacho.

-¿Estás ya listo?

-Sí, señor, ya estoy dentro.

-Vamos, pues; dime lo que ves; prosiguió el maestro, a guisa de magnetizador.

-Señor, veo una ciudad en que hay unos cuantos que oyen leer un libro: los unos ríen, los otros bostezan; qué bueno es esto, dicen unos; que malísimo, dicen otros; cada cual cree conocer mejor que los demás dónde está el mérito y dónde las faltas.

-Bueno, muchacho; y, ¿qué más?

-Hay uno que dice que el autor es rubio; otro que moreno, y otro que negro.

-Muchacho, sigue, éstos son unos tontos.

-Señor, hay una vieja que dice que es hereje.

-Chico, chico, deja esa vieja, que después de haber dado, como se dice, la carne al diablo, quiere dar ahora los huesos a Dios.

-Hay dos guapos mozos que en cada personaje ven un retrato de una persona que conocen.

-Pues dale un coscorrón a cada uno de esos guapos mozos, para que aprendan a ver la falta y no el culpable, y para quesean más nobles y no crean tan bajo al autor.

-Señor, señor, veo a dos que están a punto de desafiarse, porque el uno dice que el autor es frío, y el otro que demasiado caliente.

-Déjalos que se rompan las narices, que los dos piden peras al olmo.

Habló después el muchacho de infinidad de tipos, que no dejaron de servirme de diversión: poetas que jamás han escrito un verso, literatos que ¡Dios nos asista!, críticos ignorantes que hallaban un defecto en el perfil de cada letra, y amigos desconsiderados que todo lo aplaudían; finalmente dijo:

-Ahora alcanzo a ver unos señores muy comedidos que discuten sin enfadarse y que hacen con mucha calma sus observaciones.

-Pues sal de dentro del diablo, para que no digas algún despropósito contra esos señores, que deben ser hombres de talento.

Salió efectivamente de detrás de la cortina, y yo de la casa pensando en lo que había oído.

Al día siguiente fui a buscar al charlatán para que me dijera cómo supo todo aquello de ser yo el autor de El jíbaro.

-Muy sencillamente -me respondió-: días pasados estuve donde imprimen la obrita, allí le vi a usted y hasta leí una prueba vieja que me dio uno de los cajistas que es amigo mío. En cuanto a la opinión que de ella formarán, eso es cosa olvidada ya y poco

más o menos de todas se forma la misma, según el caletre de cada uno de los que la leen.

¡Dichoso yo!, exclamé cuando me vi lejos de aquella buena pieza, dichoso yo que no seré juzgado según me ha predicho este perillán, porque en Puerto-Rico ni hay quien me crea de ninguno de los colores del iris, ni viejas que me tengan por hereje, ni guapos mozos que me consideren capaz de copiar a un individuo determinado para hacer públicos sus defectos, ni majaderos que me crean frío ni caliente; sino personas instruidas y juiciosas que me tienen por templado, cual conviene al escritor de costumbres, y ajeno a toda pasión mezquina, v lo que es más ni siquiera tengo un enemigo, y carezco de envidiosos émulos, porque carezco también del mérito que pudiera acarrearlos. ¡Dichoso yo! que estoy cierto de que al concluir de leer este libro dirán mis paisanos lo que yo dije al comenzarle: Es el fruto de muchas horas robadas al sueño y al descanso de una profesión noble y santa a que se dedica.

FIN.



Manuel A. Alonso

1822-1889 San Juan, Puerto Rico

¡Sólo sé que sos boluda!

Radioteatro

Se escucha ruido de llaves. Se escucha ruido de madera que rechina.

Roberto: Holaaa.

Se escuchan tres pasos.

Roberto: ¡Holaaa!

Se escuchan dos golpes sobre madera.

Roberto: ¿Estás ahí?

Exagerada: No sé.

Roberto: ¡Ey! ¡¿Qué te pasa que no contestás?! ¡¿Estás sorda?!

Exagerada: Estoy... ¿Estoy? No sé si estoy.

Roberto: ¿Cómo que no sabés? ¿Te sentís mal? ¿Te enfermaste?

Exagerada: ¿Me enfermé? ¿Estoy sana? ¿Estoy viva? ¿Estoy muerta?

Roberto: Estás medio pelotuda. ¿Qué te pasa? ¿A quién extrañas?

Exagerada: Para extrañar tendría que existir. ¿Existo yo?

Roberto: ¡Obvio que existís! Estás ocupando casi toda la cama.

Exagerada: ¿Qué es una cama? ¿Tengo una cama? ¿Será real esa cama? ¿Seré real yo?

Roberto: ¿Será real que me estés preguntando estupideces?

Exagerada: ¿No seré producto de la imaginación de una mente superior?

Roberto: No creo. Una mente superior te hubiera imaginado sin várices.

Exagerada: ¿Seremos resultado del capricho del destino?

Roberto: ¡Sos el resultado del capricho tuyo! Lo mismo que estos muebles, el maquillaje barato y esa ropa pasada de moda que te dije que cambies. Ahora decime: ¿Qué pasa que estás tan filosófica?

Exagerada: Me leí un libro de Platón y ahora dudo de mi propia existencia.

Roberto: ¡Ya te dije que tengas cuidado con los libros que lees!

Exagerada: ¡No es para tanto!

Roberto: Ah, ¿no? ¿Te acordás de lo que pasó cuando leíste el kamasutra?

Exagerada: ¡No te hagas, que te la pasaste bomba esa semana!

Roberto: ¿Y cuando leíste la biografía del Che, que quisiste hacer la revolución armada?

Exagerada: ¡No me hagas acordar, que nos agarró la gendarmería y los pobres muchachos están todos en cana!

Roberto: ¿Y cuando vimos la película Misery?

Exagerada: ¿La de la gorda que secuestra al escritor?

Roberto: Exactamente.

Exagerada: ¿Y qué tiene? ¿No puedo mirar esa película? ¡Está buena!

Roberto: ¡Lo encerraste por dos días al hijo de la panadera!

Exagerada: ¡Ah, ¿por eso estamos en juicio?!

Roberto: ¡Haceme un favor: No leas nada sin mostrármelo primero! ¡Sos muy influenciable vos!

Exagerada: No te preocupes que hoy leo otro libro y vuelvo a ser yo.

Roberto: ¡Ah, ¿sí?! ¡¿Qué libro?!

Exagerada: Cualquiera del Marqués De Sade.

Roberto: ¡Ah! ¡Con razón sos tan degenerada!

Exagerada: ¡No te hagas el santo que leíste “Lolita” y ahora te la pasás mandándole solicitud de amistad a cada pendeja que ves en el face!

Roberto tose.

Roberto: ¡No sé de qué me estás hablando!

Exagerada: ¡Ay, dejate de joder, que si alguien se entera vas a terminar preso!

Roberto suspira.

Roberto: Okay. Igual ya lo terminé a ese y empecé otro libro completamente diferente. ¡Con éste hago un cambio que no me vas a reconocer!

Exagerada: Ah, ¿sí? ¿Cuál?

Roberto: “Mujercitas”.

Fin



Victor Gabriel Pardo

Buenos Aires, Argentina

Frases célebres

Estimados amigos.

El próximo 17 de mayo se celebra el Día Internacional contra la Homofobia y la Transfobia. Y sí, parece mentira que en pleno siglo XXI tengamos aún que estar luchando contra la discriminación por motivos de orientación sexual o identidad de género, pero les sorprenderá conocer, si no lo saben ya, que este día conmemora la eliminación de la homosexualidad de la lista de enfermedades mentales por parte de la Asamblea General de la Organización Mundial de la Salud, lo cual no tuvo lugar hasta hace escasamente 27 años.

Por desgracia, esta celebración no sólo es muy necesaria, sino que es esencial teniendo en cuenta que en más de 70 países se criminaliza y persigue aún la homosexualidad, estableciendo penas que pueden llegar a ser de cárcel o muerte en diferentes localizaciones del globo. Así, la fuerza de los colectivos LGTBi se vuelve tan necesaria como lo fueron en el pasado los movimientos abolicionistas contra la esclavitud o lo es en la actualidad la corriente feminista.

La homosexualidad y la identidad de género han sido temas recurrentes en la historia de la literatura en particular y del arte en general. Y los escritores, como parte integrante de la sociedad, no han estado exentos de sufrir en sus carnes las consecuencias de estas fobias. Hoy, aquí, para reivindicar su calidad humana y literaria, he querido acercarles algunas frases de autores que fueron perseguidos o discriminados por motivos absolutamente vergonzantes para quienes proclamamos pertenecer a un mundo civilizado.

"No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente." **Virginia Woolf.**

· "Soy un alcohólico, soy drogadicto, soy homosexual. Soy un genio." **Truman Capote.**

· "La civilización es una estupidez. ¿Para qué se nos ha dado un cuerpo, si hemos de mantenerlo encerrado en un estuche como si fuera algún valioso Stradivarius?" **Katherine Mansfield.**

· "En la bandera de la libertad bordé el amor más grande de mi vida." **Federico García Lorca.**



*Victor Alejandro
Hernández García*

La Palma, Canarias, ESPAÑA - 1978